

El Eco de Cartagena.

ANO XXX.—NUM. 8598

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet-Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 25 de Junio de 1890.

Salicilatos

DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

Se usan inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS TÍFICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, COLERA, TIFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARAZADAS, CATARROS Y ÚLCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTOS FEJIDOS, PÍROXIS. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigida la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

ALMERIA, FARMACIA VIVAS PÉREZ desde donde se remiten por correo á todas partes enviando 75 cts. más por certificado. POR MAYOR: Madrid, M. Garcia y Sociedad Ibero Universal Barcelona, Sociedad Farmacéutica á hijos de J. Vidal y Rivas, de Alomar y Uriach. Cartagena, Abad y Romero Gernés.

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblitos de España, Ultramar, Buenos-Aires y en toda la América del Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández Hermanos y compañía.

LA VAGANCIA DE LOS NIÑOS.

Tiene mucha razón un colega al decir que los que se criaron solos, aislados, sin nociones de sus deberes, serán ladrones y asesinos.

Para convencerse de ello bastará echar una ojeada sobre los establecimientos penitenciarios y se verá que el 75 por 100 de la población penal no sabe leer ni escribir y de ellos el cincuenta por ciento son expositos ó seres abandonados en su infancia, sin una madre que les enseñara los caminos del bien.

¿No es una vergüenza para una nación que ésto suceda?

Indudablemente.

Cierto que los criminales no pueden extinguirse; que siempre habrá quien maneje el arma homicida y el puñal del asesino, y que ni la educación ni la ley de Lynch podrán horrorar de ninguna nación el registro penitenciario; pero es evidente que mientras más educada es una sociedad menos en ella delinque; por lo que comprendemos que la base primordial es la educación.

Por lo tanto es preciso, necesario, que la enseñanza primaria sea obligatoria, y se castigue duramente al padre que no envíe á su hijo á la escuela; que se prohíba inmediatamente y de una manera radical, la mendicidad á los niños, y que bajo ningún pretexto se permitan los gancho para procurar la subsistencia de seres que debían habitar en asilos del Estado.

¿No conmueve al ánimo más refractario al sentimiento, ver á esos niños infelices, extendiendo sus manecitas al transeunte pidiendo una limosna por Dios?

¿No es inhumano que esos precitos vivan en la vagancia, ignorando de donde vienen, ni á donde van; y que el día de mañana sean arrastrados por el vendaval de las malas pasiones?

¿No es ésto cierto?

Clame toda la prensa, formemos una voz potente, para que llegando á las esferas oficiales, piensen un momento en aquellos seres que no vinieron al mundo con la sonrisa de la naturaleza, ni gozaron de más placeres ni bienandanzas que habitar en los sucios y antihigiénicos cuartos de alguna casa de vecindad.

Hagamos algo por ellos que la caridad lo exige.

Hagámoslo que ellos y la sociedad nos lo agradecerán.

Manuel Hidalgo.

BELLEZA ARTIFICIAL

Las «maillouses» de París tienen fama en todo el mundo por las maravillas que operan revocando el rostro de las mujeres que no quieren despedirse de la hermosura, y de todas las capitales de Europa acuden una ó dos veces al año al gabinete de las más célebres, porción de damas por las cuales parece que no pasan años.

La «esmaltaJora» no trata sin embargo más que la cara, y aun eso lo hace á fuerza de aceites y preparados.

Las señoras acuden á estas especialistas para que las adelgacen ó las engorden, las blanqueen el cutis y las den buenos colores, las suba los hombros ó se los baje, las dé piel tersa ó las corrijan irritaciones en los ojos; en una palabra, para que corrijan todos los defectos que constituyen la diferencia entre la fealdad y la belleza.

Allí no se emplea ni un cosmético, ni un pote de color.

El tratamiento es científico y exclusivamente higiénico.

A las gruesas las mandan tomar un baño de agua salada por la mañana: bastan dos ó tres puñados de sal gorda, echados la vispera en el agua del baño.

Después un par de robustas doncellas deben frotar todo el cuerpo de la paciente con toallas duras y con bastante brío; antes de la comida, lo indicado es unos cuantos granos de café tostado, para disminuir el apetito.

Los alimentos consisten en berros, lechugas y espinacas.

A las delgadas las mandan comer gran cantidad de zanahorias y rábanos; unas gotas de fosfato ácido para que se les despierte el apetito hacia el pan moreno y la fruta. Y sobre todo tienen que tomar un gran vaso de leche dulce al irse á meter en la cama. Este último parece que es un remedio infalible para hacer engordar á las muchachas jóvenes demasiado flacas.

A las que tienen los hombros caídos, les quitan el corsé y las hacen gastar tirantes, los efectos son sorprendentes, cuando se les ayuda, obligando á la que tiene esta falta á tirar de una polea tres ó cuatro horas al día con los debidos descansos intermedios; hay que advertir que del otro extremo de la cuerda cuelga una pesa de no pocos kilogramos.

Las torpes y pesadas se curan y se tornan ligeras y ágiles, saltando por cima de una barra cuya distancia del suelo va siendo de día en día mayor.

Cuando la tez de una señora toma tintes demasiado floridos, es decir rojizos, la recetan grandes cantidades de té y baños calientes.

A las pálidas les conviene baños fríos y una botella de Borgoña ó Valdepeñas al día.

Una cosa que también alimenta de una manera prodigiosa á las flacas y á las mujeres cuya piel ha perdido la tersura ó cuyas carnes se han aflojado, es el baño de leche.

De esto se ha hablado mucho, dándolo por fabuloso por lo caro del remedio.

Pero es perfectamente cierto que algunas aspirantes á beldad lo practican y que las especialistas en materia de hermosura lo recetan.

Es más, este es un sistema que se emplea con mucha frecuencia, no ya para todo el cuerpo, sino localizándolo.

Por ejemplo, á una señora que tiene los brazos y el escote flacos, la hacen tomar baños de brazos en leche y la remojan pacientemente el escote con leche; todo ello después de un «massage» concienzudo.

Los brazos y el escote se alimentan mucho de este modo, la piel adquiere gran tersura, se redondean las formas y la tez resplandece de blancura.

Las arrugas desaparecen y la piel se blanquea también, dando á la cara, brazos y escote una buena mano de polvos de borax, estando todavía húmedas estas partes del cuerpo.

Luego no hay que lavar los polvos, sino quitarlos con un cepillo finísimo.

Al cabo de unas cuantas semanas de este tratamiento la cura queda realizada.

Y también surte muy buen efecto darse una buena mano de una pasta compuesta de borax y glicerina, que luego se lava con agua salada y cognac de la mejor clase.

Hé aquí revelados algunos de los secretos de la futura «casa de belleza».

Conviene advertir, sin embargo, que las médicas especialistas en curar la fealdad son en extremo severas y no permiten de modo alguno que no sigan al pie de la letra sus instrucciones, ni transigen con que alguna de sus pacientes ceda en el rigor de los tratamientos que las indican.

En cambio, hay señora que se pone fea en manos de estas nuevas sacerdotisas del culto de la belleza, y al cabo de dos meses sus propias amigas no la conocen de hermoñada que se pone.

¿No es verdad que esas «Casas de Belleza» debieran estar fuertemente subvencionadas por los gobiernos?

Porque mucho más vale fomentar la belleza de la mujer, que la del caballo ó la del cerdo.

Varietades.

Charada

A un amigo comerciante di á examinar cierta tela que llamaba mi atención por lo bonita y bien hecha, preguntándole á seguida; —¿de qué prima prima terciá? y contestó—una tres prima de una segunda terciera.

A. A.

La solución en el número próximo.

FATIMA

En Córdoba, en la ciudad orgullosa por haber sido en la Edad Media, la reina de la dominación mora, existía cuando el Califato estaba en todo su apogeo, una pequeña casita, que yacía como olvidada en una de las calles más solitarias.

El sol ocultaba sus dorados reflejos por Poniente, dejando el paso al crepúsculo, precursor de la llegada de la reina de las tinieblas.

En la reja de la casa mencionada asomaba la linda y hermosa cabeza de Fatima cuya belleza sería imposible describir por no poder aproximarse á la realidad, la pintura que de ella se hiciera.

Cuando la luna, esa argentina lámpara que con sus melancólicos rayos iluminaba aquel cuadro solitario iba ascendiendo y prosiguiendo su carrera, gallardo moro envuelto en su jaique, aproximóse á donde la bella estaba saludándola con el nombre de su Dios y profeta.

—Vienes triste y pensativo—dijo Fatima. ¿Qué te sucede?

—Tenemos que separarnos porque Abderaman hace un llamamiento y predica la guerra santa contra los cristianos.

—¿De veras? Pero óyeme Alhor.

—Te escucho.

—Vete al campo de la victoria; combate por Alá y su profeta, y cuando los laureles de la paz se unan en tu frente con los del triunfo, me tendrás siempre dispuesta á ser tu esclava...

—¿Mi esclava dices? No, nunca serás mi esclava; serás mi favorita, serás la reina de mi harén; serás la perla más preciada de mi palacio; y cuando manifiestes tus pensamientos, procuraré adivinarlos antes para cumplirlos como órdenes dada por una reina.

—¿Qué venturosa seré á tu lado. Mi dicha consistirá en amarte con todo el fuego de que son capaces las hijas del desierto; mi felicidad en cumplir tus menores deseos...

—No continúes hermosa Huri, tu voz me conmueve y esos sueños que presentas ante mi vista me embriagan más que á un cristiano los vapores del licor. Pero es preciso que nos separemos; es necesario que el dolor reemplace á la alegría; es indispensable que para ver realizadas tan hermosas ilusiones, corra á exponerme ante el peligro. Ruega á Alá, hermoso diamante, de la bella mina cordobesa, ruega para que me libre de la muerte y vuelva á tu lado digno de tí.

Las voces fueron disminuyendo en intensidad y á los pocos momentos, solo se oyeron unos sollozos; el chasquido de un ósculo y los precipitados pasos de un hombre que se alejaba y se perdía en las revueltas de una calle.

Fatima siguió con los ojos á aquella sombra hasta que se ocultó á su vista al dar vuelta en una calle. Luego también Fatima desapareció de la reja y la tranquilidad más completa; presidida por la claridad apacible de la luna, iluminó aquel sitio que poco antes había sido el teatro de la despedida triste, melancólica y apasionada de dos amantes.

II.

Han pasado dos meses.

La guerra Santa ha terminado y los moros victoriosos vuelven á Córdoba cargados con el botín recogido en los campos de batalla.

El pueblo todo corre en confuso tropel á recibir y aclamar á aquellos héroes vencedores de cien combates.

Fatima corre á confundirse con la multitud, ansiosa de presenciar la entrada de los hijos del profeta; anhelando ver á aquél á quien antes de empezar aquella sangrienta pelea, juró fé y felicidad.

¡Ah! Alhor venía detrás, en hombros de cuatro soldados que solo llevaban un cadáver.

Había sido muerto en una escaramuza sostenida muy cerca de la ciudad y sus soldados quisieron rendirle el último tributo.

Mas reponiéndose y recobrando fuerzas y serenidad, siguió al cortejo; vió dar sepultura á aquel que era su vida; esperó flores silvestres sobre su tumba, y...

Una carejada estridente, nerviosa demostró el estado de su razón. Se había vuelto loca.

Desde entonces, iba todos los días al bosque á entretejer coronas de rosas y flores anísticas, para adornar la frente de su amado y se dirigía á los muros de la populosa ciudad para aguardar su llegada.

Luego encaminaba sus pasos al lugar en donde yacía el cuerpo del héroe y depositaba las coronas sobre aquella losa fría.